

“¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?” ... Otelo sigue vivo

Pilar Úcar

A lo largo de la historia ha habido grandes celosos y celosas, páginas literarias, escenas teatrales, canciones, poemas... celos son que no amor, seguro, o sí ¿son amor?... ¡quién sabe! El concepto de CELOS en plural tiene mucha enjundia; el meollo ha sido tratado desde distintos puntos de vista y yo me quedaría con la idea de que los celos son humanos desde que el mundo es mundo. Admito que no es decir mucho ni avanzar nada novedoso.

Analizados gramaticalmente, resalta la diferencia entre el plural y el singular: “tener celo en algún cometido, hacerlo con celo, guardar el secreto con celo...” y otras muchas más expresiones ad hoc en las que aparece el significado, el matiz de “cuidado, mimo y esmero”. Poco que ver con los celos, en plural, que experimenta alguien por algo o hacia alguien.

De ahí toda la familia léxica: celoso o en femenino, por supuesto, celópata y celopatía.

Y sin duda, se puede “atacar” dicho tema desde la persona que los sufre y desde quien los provoca. Interesante juego de espejos siempre de actualidad, más allá de ser algo tan longevo.

El refranero también da buena cuenta de la presencia de los celos cargado de modismos que advierten con pretensión ejemplar y moralizante: “cuando el hombre es celoso, molesta; cuando no lo es, irrita”. Tampoco insignes personalidades han evitado calificarlos, cada uno a su modo: Montaigne, Molière, San Agustín, Kant, Benavente, Dostoievski...entre otros muchos; nos han dejado bastante de su personalidad, de su propia visión y experiencias personales hablando de los celos.

Será que los celos actúan como acicate humano, motor social o inspiración creativa; desde luego, no son invención individual ni fantasía animada. En este punto, me planteo: ¿sufrir celos o provocarlos? Conozco a alguna persona que asegura con tajancia: “lo bueno que tengo yo es que no soy celoso”; afirmación que esconde cierta actitud impostada con halo de superioridad y de divismo (divinidad diría yo) que la encumbra por encima del resto de mortales: encaramada esa persona en su pedestal, los celos no son cosa suya: “conmigo no van esas miserias humanas de baja estofa”.

Hasta que rascamos en sus personalidades tan convincentes: han tenido que crear esa imagen y armarse de una buena coraza por todo lo que han sufrido, porque sí han sido

víctimas y pacientes de celosos o porque en alguna ocasión, me atrevería a decir, los han provocado.

El que esté libre que tire la primera piedra...

Amor, celos, honor, posesión y control...conceptos de fuerte y sólido arraigo real, verosímil y ¿legítimo? Hablar de celos, analizarlos, y hasta concluir sobre ellos permite una visión profunda de nuestra alma, al descubierto: favorece adivinar sin muchos ambages nuestro esqueleto emocional, atisbar la propia urdimbre.

Esos celos tan amargos que ocasionan tanto resquemor ya sea por abandono, imaginación y comparación.

¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?

Bajas pasiones bajos instintos: antes de que el instigador se vaya de rositas, “pío pío que yo no he sido” ...*sé que te arrepentirás.*

El pavo real extiende sus plumas y suelta como el pulpo la tinta que todo lo emborriona; el posesivo ataviado de honor que aspira a controlar se yergue capitaneado por un derecho que se arroga sin corresponderle.

Y no solo son celos por amor, se mezclan con la codicia y la envidia enmarcadas en la dimensión social del mundo en que vivimos: “porque yo lo valgo y yo lo quiero” como el niño caprichoso que necesita completar su álbum con el cromó máspreciado.

Seducir y jugar, coquetear y traspasar esa línea que nadie dibuja pero que sabemos de su existencia en las relaciones humanas; los celos impulsan a entablar una competición tiránica, un juego perverso - escalada inagotable- por la supervivencia; el supuesto premio: la pertenencia ególatra y el dominio ajeno.

¡Qué lejos queda la ataraxia!, la ausencia de dedeo que permite al ser humano la templanza y el comedimiento. Los celos descubren y dejan sin tapadera posible, una capacidad demoledora, una visión distorsionada de la realidad con el objeto de conseguir de manera inapelable e inaplazable algo o a alguien que nunca fue nuestro porque no nos perteneció; ahora bien, nuestra propia sociedad es tozuda y paradójica al lanzar llamaradas en sentido contrario: lejos de SER, se impone TENER; la publicidad, las doctrinas y las ideologías actúan como auténticos espectáculos de masa que acostumbran a sus usuarios a POSEER.

Habrá que vigilar, pues, nuestra imaginación y mantenerla a raya evitando que se desboque, deberemos filtrar las señales recibidas envueltas en celofán, soslayar el autobombo y apuntalar el carácter personal, así como la determinación para fomentar la autoestima; esquivar con inteligencia y rotundidad la desfachatez de la presunción y la soberbia.

El sufrimiento de los celos del abandono, el amor que a nosotros nos birlan cuando alguien decide unánimemente, y que anima a que nos observemos en el espejo de la comparación; cuidado con la reacción ante la perplejidad de esos amores tan abruptos como apasionados, que abandonan y recogen el vaivén de los sentimientos personales e íntimos.

¿Cómo pudiste hacerme esto a mí?...

En esto de los celos no sé si hay algún vencedor como si de una justa medieval se tratara; el vencido cae derrotado por agotamiento y por asunción de la realidad: esto es lo que hay, o lo aceptas o lo aceptas. Fin.

Creo que en el fondo domina una actitud de profundo egoísmo, nos ubiquemos en la orilla que defendamos. Sí, el afán de poseer provoca la destrucción física y moral y, vida, no hay más que una, por lo que se necesita una gran dosis de ataraxia, un salirse de este mundo y llegar a la estratosfera anímica para entender que a nada conducen los celos, que ocupan tiempo y gastan inútilmente energías. No sé si esto convendría repetirlo muchas veces para que calara muy hondo y lo interiorizáramos hasta creerlo con la médula, con el tuétano.

Claro que para qué vamos a obligar a estar a alguien si no nos quiere, ¡qué pereza! La amargura y el desasosiego van a inundar de sinsabores nuestra existencia.

Según lo que venimos describiendo en las líneas precedentes, se puede apreciar que resulta muy normal entender cómo los celos, su padecimiento, y su propio trato y tratamiento poseen muchas esquinas y diferentes puntos de vista; en ningún caso se pueden abordar desde un único rincón.

Parece que existe aquiescencia en que no son aconsejables para la salud (física y mental) y en eso nos deberíamos ocupar: en cuidarnos, y, sobre todo, en practicar la expresión tan coloquial y tan certera: “que corra el aire” porque si algo sucede, como dicen allende el charco, será que conviene.

Para evitarlos, entran en juego habilidades y recursos como el acomodo, la templanza, la paciencia y el tiempo, unas *soft skills* para las que se requiere una buena dosis de serenidad y una amplia visión desde la distancia, es decir, elevarnos de la superficie y a vista de pájaro, contemplar la inutilidad de sentirlos y de provocarlos.

Conviene, por tanto, proponer una percepción pragmática y así, intentar averiguar no solo las ventajas que se obtiene con ellos, ese monstruo de los celos, sino también los inconvenientes de padecerlos.

En la interacción humana, y más cuando se trata de los celos, siempre se obtiene mejor resultado abandonando las amenazas, olvidando el ultimátum porque seguro se pierden los papeles y en el tráfago de la recriminación, echar marcha atrás es muy difícil: la mejor palabra es la que está por decir, aseguran los clásicos. Calma y reflexión. Sin reproches, dar salida a lo mejor de nosotros y nunca ofrecer la peor versión.

Sé que te arrepentirás...

Sin dejar de lado reacciones más o menos primitivas, más o menos contundentes, y, sobre todo, acertadas o no en cuanto a comportamientos personales afectados por los celos, se refiere, somos conscientes de que lo que más molesta es el hecho de que la vida de quien los causa discurre con presunción y alevosía ¿y nocturnidad? -el componente de escondrijo y ocultación no hay que obviarlo- mientras que la persona que los padece se consume de rabia. Conocer los límites personales, gestionar emociones, mirar un horizonte personal más beneficioso, adivinar posibilidades nuevas y fructíferas: ahí es donde reside el foco de atención, animados por el deseo de mejorar y aprender o el de avanzar y conocer al otro y a uno mismo: salir de nuestro ombligo y abandonar las orejeras que nos enturbian nuestro propio devenir. Claro que la vida, el día a día, ese fluir vital que nos recuerdan los especialistas cuenta para forjarnos una personalidad a prueba de embates, y que no siempre suma en favor de la facilidad, de la comprensión y de la paz. A pesar del prosaísmo cotidiano, de las servidumbres de la realidad, siempre nos quedará la esperanza en la creencia de que el ser humano es grande. Hay que intentarlo, aunque *Otelo* con sus veleidades aceche...